

SE va á la memoria colectiva este año de desgracia de 1921, y se va dejándonos más recuerdo para la historia política y social que no para la literaria. Aquí, en España, se entiende. Y es que la literatura no se mantiene á tono del resto de la vida histórica.

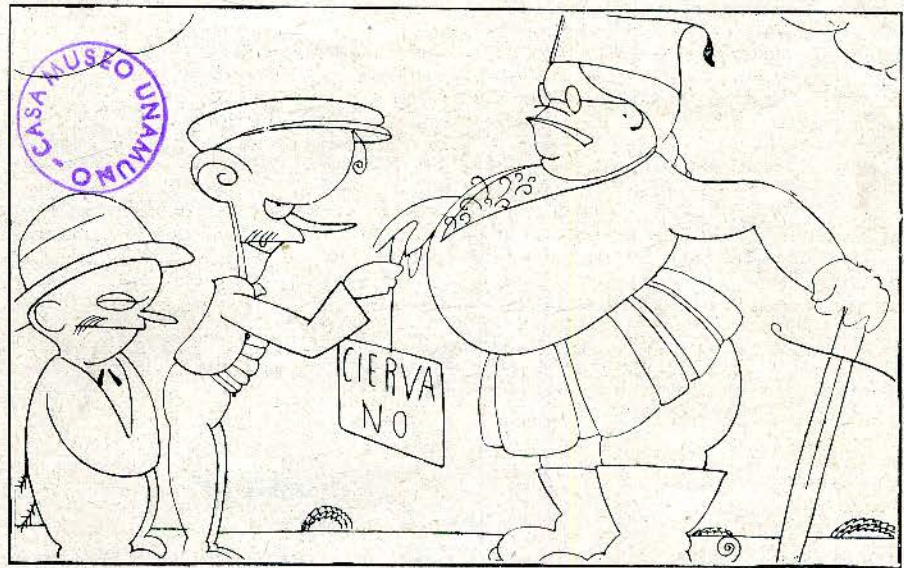
«Bueno. ¿Y qué es la vida histórica?»—se preguntará el lector. Y con razón, porque de pocos términos—no nos atrevemos á llamarle concepto—se abusa más que del de vida. Como no sea del de acción.

Ya Goethe, en su *Fausto*, corrigió aquello del cuarto Evangelio de que en el principio era el Verbo, diciendo que en el principio era la Acción. ¡Como si el Verbo no fuera Acción! Hay más acción y más vida en la vida de recoleto de Spinoza ó en la de Pascal—¡qué tragedia!—que no en la del caballero Casanova. Y un monólogo de Hamlet tiene más acción dramática que un baile ruso. Y más vida, desde luego. Y si Goethe mismo, en medio del alborar de la Revolución Francesa, se preocupaba más de las discusiones entre Cuvier y Geoffroy de Saint-Hilaire, es fácil que Einstein influya más que Lenin en el porvenir del linaje humano. Que no podemos aceptar, así, sin más, una concepción cinematográfica, muda, de la Historia.

Acaba nuestro 1921 español y recordamos lo que Guerra Junqueiro, el autor de *Patria*, nos dijo á raíz de lo de nuestro 1898. Y fué que en España no debía de haber poetas cuando aquella sacudida no les arrancó un grito de dolor, de ira, de desesperación. «O no sienten eso»—le dijimos. Y él: «Entonces serán todo, menos poetas.» Porque el reflexionar sobre una desventura, el comentarla, el estudiarla, es cosa de pensadores; pero el reflejo de dolor, el grito, lo es de poetas.

Dícese que la última Gran Guerra de las naciones no ha producido aún una obra poética digna de ella. Y es que acaso los grandes poemas más que siguen preceden á las grandes acciones. Y bien: ¿cuál precedió á esa guerra? No lo sabemos. No lo sabemos, así como sabemos que á Napoleón precedió Rousseau.

Pero bien. Vengamos á lo de aquí y de hoy, ó más bien de hoy, de ayer tarde; ven-



LA ALTERNATIVA
LAS IZQUIERDAS Á LAS JUNTAS TÉCNICAS.—Aquí te entrego el «Cierva, no». Es fácil que lo aproveches más que nosotros.

gamos á lo de la España de 1921. Y veremos que mientras tiembla el pueblo y sus hijos se matan entre sí, no tiembla el pensamiento literario. A la tragedia íntima y muda la envuelve una piel de frivolidad sonora. Don Quijote lee, recogido en su casona, libros de caballerías, mientras Don Juan Tenorio, metido á filósofo, fragua en las tertulias de los casinos teorías para justificarse y explicarse á sí mismo... Porque á Don Juan Tenorio le ha entrado lo de «conócete á ti mismo» y la manía del análisis. Se la wertherizado, destenoriándose, ¡claro!

¡Y aún hay quien dice que nos pierden las ideas! ¡Y quien culpa de lo más de lo malo—¿malo?—que sucede á los... intelectuales! ¿Intelectuales? ¿Dónde están? En Rusia se llamaba *inteligentsia* á una enorme fuerza de acción y de pasión, á un verbo encendido, á una vida de terremoto, que más que nadie representó Dostoyenski, el Rousseau de la Revolución rusa. Pero aquí, ¿dónde está la inteligencia vital y activa y poética, ó sea creadora?

¡Y aún se persigue el pensamiento y la literatura misma! ¡Qué afán de romper los manómetros en espera de que así no llegue á estallar, por exceso de presión, la caldera!

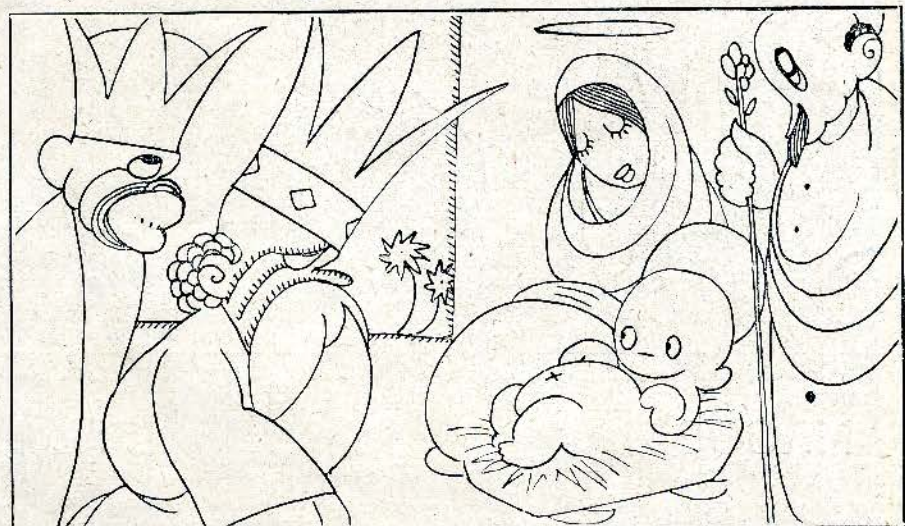
Este verano vimos una orden del agente comercial de la Compañía de los Ferrocarriles del Norte dirigida á los encargados de las librerías de sus estaciones, en que se les mandaba retirar de los escaparates de éstas unas cuantas obras literarias, y entre ellas... ¡los Santos Evangelios! Pensamos si al inspirador de esa orden, algún jesuita, sin duda, se le antojará que los Santos Evangelios sin las debidas notas resulta un libro pornográfico. Mientras hay quien cree, por el contrario, que son las notas lo que puede prestarle pornografía. Ya que ésta, la pornografía, suele estar más en el comentario que en el texto.

Si la gente da en leer los Santos Evangelios sin notas, ¡qué va á pasar aquí, Dios mío! Lo menos que Gibraltar llega á ser la capital de España y que se substituyen las corridas de toros por el boxeo. Porque lo malo de esos Santos Evangelios que se ha mandado retirar de las librerías de las estaciones de la Compañía del Norte, no es que sea un libro cristiano: lo malo es que está editado en Inglaterra, y por oro inglés.

Acaba nuestro 1921 ofreciéndonos el caso de un miedo cerval al pensamiento de parte de los que no piensan. Que son, ¡claro!, los que no sienten.

Vamos á entrar en un nuevo año, y nosotros, los que hemos sido llamados, no sabemos bien por qué, la generación del 98, nos preparamos, con una vieja mucca en los labios, á ver lo que hace y dice la generación del 21. Si es que este 21 genera ó engendra algo de veras nuevo. Veintitrés años han ido de 1898 á 1921, y veintitrés años es lo bastante y aun sobrante para que se haga un hombre nuevo. Dentro nuestro se ha rehecho, sí, el hombre viejo, ó, mejor, ha resucitado el hombre eterno; pero, ¿y fuera?

Al concluir estas líneas de fines de 1921, nos percatamos de que nos han salido tan turbias, tan incongruentes, tan caóticas, tan desarticuladas como este mismo año de desgracia de 1921. ¡Dios nos asista!



TODO SE DERRUMBA...

EL NIÑO.—Pero otros años ventais tres...
EL REY MAGO.—¡Ay, Jesús! Es que al otro le han nombrado Presidente de una Repú-